

Una presencia excepcional

Don Luigi Giussani, *Crear huellas en la historia del mundo, Capítulo I.*

Este texto sólo desarrolla el anterior, mostrando el contenido y las implicaciones del encuentro: la correspondencia con las exigencias del corazón, el juicio de la razón. Dicho de otro modo: lo que soy capaz de entender del encuentro descrito en 31, cuando está abordado a partir de la actitud descrita en 30.

EL ACONTECIMIENTO CRISTIANO COMO ENCUENTRO

1. Andrés y Juan

El cristianismo es el anuncio de que Dios se ha hecho hombre, nacido de mujer, en un determinado lugar y en un momento determinado del tiempo. El Misterio que está en la raíz de todas las cosas ha querido dejarse conocer por el hombre¹. Es un Hecho acontecido en la historia, la irrupción en el tiempo y en el espacio de una Presencia humana excepcional. Dios se ha dado a conocer desvelándose, tomando Él la iniciativa de situarse como un factor de la experiencia humana, en un instante decisivo para la vida entera del mundo.

«Tras cuarenta días de ayuno y contemplación, he aquí que vuelve al lugar del bautismo. Sabía de antemano para qué clase de encuentro: '¡El Cordero de Dios!', dice el profeta al verle acercarse (y ciertamente en voz baja...). Esta vez dos de sus discípulos estaban con él. Miraron a Jesús, y esa mirada bastó: le siguieron hasta el lugar donde vivía. Uno de los dos era Andrés, el hermano de Simón; el otro era Juan, hijo de Zebedeo: 'Jesús, tras haberle mirado, le amó...'. Lo que está escrito en torno al joven rico, que tenía que alejarse entristecido, aquí se sobrentiende. ¿Qué hizo Jesús para retenerlos?

'Viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Y ellos respondieron: Rabbí, ¿dónde vives? Él les dijo: Venid y lo veréis. Ellos fueron y vieron donde vivía, y permanecieron junto a él aquel día. Era alrededor de la hora décima².

Así recoge François Mauriac, en su *Vida de Jesús*, el primer brote de esa presencia como "problema" que repercute de forma definitiva en la historia.

El capítulo primero del evangelio de san Juan es la primera página literaria que habla de ello. Además del anuncio explícito -"El Verbo se ha hecho carne"³, aquello de lo que está constituida toda la realidad se ha hecho hombre-, ese capítulo contiene la memoria de los dos primeros que le siguieron. Uno de ellos, años después, puso por escrito las impresiones y los rasgos del primer momento en que sucedió el hecho. Él lee en su memoria los apuntes que quedaban en ella⁴. Todo el capítulo de san Juan, después del prólogo (vv. 1-18), es una secuencia de frases que son precisamente apuntes de memoria. En efecto, la memoria no tiene como ley una continuidad sin espacios, como ocurre por ejemplo en una creación de la imaginación; la memoria literalmente "toma apuntes", una nota, una línea, un punto, de modo que una frase recubre muchas cosas, y la frase siguiente parte después de las muchas cosas supuestas por la primera. Más que decirse, las cosas se suponen; solamente se dicen algunas como puntos de referencia.

¹ Cf. L. Giussani, *El valor de algunas palabras que marcan el camino cristiano*, en "L'Osservatore Romano", 6 de abril de 1996, p. 4 (trad. cast.: en "Huellas", n. 3, Madrid 1996, pp. 12-13).

² F. Mauriac, *Vita di Gesù*, Oscar Mondadori, Milán 1974, p. 29 (trad. cast.: *Vida de Jesús*, Plaza & Janés, Barcelona 1989).

³ Jn. 1,14.

⁴ Cf. L. Giussani, *Il tempo e il tempio, Dio e l'uomo*, BUR, Milán 1995, pp. 43-46 (trad. cast.: *El templo y el tiempo. Dios y e Hombre, Encuentro*, Madrid 1995, pp. 52-56); y también *All'origine della pretesa cristiana*, Jaca Book, Milán 1988, pp. 62-63 (trad. cast.: *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 1991, pp. 60-61).

“Al día siguiente Juan estaba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijando su mirada en Jesús que pasaba, dijo...⁵». Imaginemos la escena. Después de ciento cincuenta años de espera, finalmente el pueblo hebreo, que a lo largo de toda su historia, desde hacía mil años, siempre había tenido profetas, tiene de nuevo un profeta: Juan Bautista. Otros escritos de la antigüedad hablan de él también; está documentado históricamente. Así pues, finalmente vino Juan, llamado “el bautizador”. Vivía de una manera que sorprendía a todos. La gente, desde los fariseos hasta el último campesino, dejaba sus casas para ir a oírle hablar por lo menos una vez. Todos -ricos y pobres, publicanos y fariseos, amigos y contrarios, desde Galilea y desde Judea- iban a escucharle⁶ y a ver la manera en que vivía, más allá del Jordán, en tierra desierta, alimentándose de saltamontes y de hierbas salvajes. Juan tenía siempre un corro de personas alrededor. Entre esas personas también estaban *aquel día* dos que se encontraban allí por primera vez. Venían del lago, que estaba bastante lejos, fuera del círculo de las ciudades importantes. Se trataba de dos pescadores de Galilea. Estaban allí como dos pueblerinos que vienen a la ciudad, desconcertados, mirando con sus ojos asombrados todo lo que veían a su alrededor y, sobre todo, a él. Le miraban con la boca y los ojos abiertos de par en par, y estaban quietos escuchándole atentísimos. De repente, uno del grupo, un joven que también había venido a escuchar al profeta, se aleja y toma el camino que discurría junto al río dirigiéndose hacia el norte. Y Juan Bautista, fijándose en él inmediatamente, grita: “¡He ahí al Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo!⁷”. La gente no se movió. Estaban acostumbrados a oír de vez en cuando al profeta expresarse con frases extrañas, incomprensibles, sin nexo alguno, sin contexto, y por eso la mayoría de los presentes no hizo caso de ello. Pero aquellos dos que estaban allí por primera vez, que estaban pendientes de sus labios y seguían la mirada de sus ojos a todos los lugares adonde se dirigiese ésta, se dieron cuenta de que, mientras pronunciaba esa frase, estaba mirando fijamente a aquel individuo que se marchaba, y se pusieron a seguir sus pasos. Se mantuvieron a distancia por temor, por vergüenza, pero al mismo tiempo extrañamente, profundamente, oscuramente y sugestivamente llenos de curiosidad. “Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les preguntó: ‘¿Qué buscáis?’ Ellos le contestaron: ‘Rabbí (que significa Maestro), ¿dónde vives?’ Él les dijo: ‘Venid y lo veréis’⁸. “Ven y ve”: ésta es la fórmula cristiana, éste es el método cristiano. “Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día; serían las cuatro de la tarde”⁹

La narración no especifica más. Como hemos dicho, todo el pasaje, y también el siguiente, están hechos de apuntes: las frases terminan en un punto que da como por descontado que ya se saben muchas cosas. Se indica la hora -las cuatro de la tarde-, pero no se dice cuando llegaron a su casa ni cuando se marcharon. Y continúa el relato: “Uno de los dos que habían oído las palabras de Juan Bautista y seguido a Jesús se llamaba Andrés y era hermano de Simón Pedro. Encuentra primero a su hermano Simón”, que volvía de la playa, de pescar o de arreglar las redes de pesca, “y le dijo: ‘Hemos encontrado al Mesías’”¹⁰. No se añade nada, ninguna cita, ninguna documentación: ¡es algo perfectamente sabido, apuntes de cosas que todos conocen! Pocas páginas como éstas se pueden leer tan realistas y sencillamente veraces, donde no se añade ni una palabra de más a lo esencial, que había quedado grabado en la memoria.

¿Cómo pudo Andrés decirle a su hermano: “Hemos encontrado al Mesías”? Al hablar con ellos seguramente Jesús utilizó esta palabra que, por lo demás, era corriente en su vocabulario; en caso contrario hubiera sido imposible decir y aseverar tan de improviso que se trataba del Mesías. Es evidente que después de haber estado allí durante horas escuchando a aquel hombre, mirándole hablar -¿quién era el que hablaba así?, ¿qué otro hubiera hablado jamás de ese modo?, ¡nunca se había visto, nunca se había oído a nadie como él!, dentro de su ánimo había brotado lentamente una precisa impresión: “Si no creo a este hombre ya no puedo creer a nadie, ni siquiera a mis propios ojos”. No lo dijeron, y quizá tampoco lo pensaron, pero ciertamente lo sintieron. De modo que aquel hombre seguramente afirmó, entre otras cosas, que él era el Mesías, Aquel que

⁵ Jn 1,35-36.

⁶ Cf. Mt 3,1-6; Mc 1,4-8; Lc 3,7-18.

⁷ Jn 1,29.

⁸ Jn 1,37-39

⁹ Jn 1,39.

¹⁰ Cf. Jn 1,40-41.

tenía que venir. Pero esa afirmación excepcional había sido tan obvia que ellos la habían mantenido consigo mismos como si fuera algo simple, como si fuera una cosa fácil de comprender. ¡Y era una cosa simple!

«Y Andrés lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas” (que quiere decir piedra).»¹¹ Los judíos solían cambiar el nombre de una persona para indicar su carácter o por algún hecho que le había sucedido. Imaginemos por un momento a Simón que va con su hermano, lleno de curiosidad y con algo de temor, y mira de frente al hombre ante quien le conducían. Ese hombre le está mirando fijamente desde lejos. Pensemos en el modo en que Jesús le miraba, penetrando hasta en el meollo de sus huesos, y observemos cómo comprendió su carácter: «Te llamarás Piedra». ¡Qué impresión tuvo que experimentar al verse mirado así por alguien absolutamente extraño para él, y sentir cómo captaba hasta lo más profundo de sí mismo!

«Al día siguiente decidió Jesús salir para Galilea...»¹²

Esta página está toda ella construida con estas breves notas y estos puntos en los que se da por descontado lo que había sucedido; se considera evidente y sabido de sobra por todos.

Excepcional y con una profunda simpatía humana

Pero, ¿cómo pudieron esos dos primeros, Juan y Andrés (este último quizá estuviera casado y tenía hijos), ser conquistados tan rápidamente por él y reconocerle («Hemos encontrado al Mesías»)? Hay una desproporción aparente entre la forma extremadamente simple de lo ocurrido y la certeza que mostraron tener los dos. Por consiguiente, si aquello ocurrió de hecho, reconocer a aquel hombre -no detalladamente y hasta el fondo, pero sí quién era él en su valor único e incomparable («divino»)- tenía que ser fácil. ¿Por qué era fácil reconocerle? Por su *excepcionalidad* incomparable. Tenían ante sus ojos algo incomparablemente excepcional: habían entrado en contacto con un hombre excepcional, absolutamente fuera de lo común, irreductible a cualquier clase de análisis.

¿Qué quiere decir “excepcional”? ¿Cuándo se puede decir de algo que es “excepcional”? Cuando corresponde adecuadamente a las expectativas originales del corazón, por confusa y nebulosa que pueda ser la conciencia que se tenga de ellas. Lo excepcional es, paradójicamente, la aparición de lo que es más “natural” para nosotros. ¿Y qué es lo «natural» para nosotros? Que suceda lo que deseamos. Efectiva mente, nada es más natural que la completa satisfacción del deseo último y profundo del corazón, que la respuesta a las exigencias que están en la raíz de nuestro ser, por las cuales vivimos y nos movemos de hecho. Nuestro corazón tiene una necesidad última, imperiosa, profunda, de plenitud, de verdad, de belleza, de bondad, de amor, de seguridad final, de felicidad; por todo ello, encontrarnos con una respuesta a esas exigencias debería ser la cosa más obvia y normal de todas. Y, sin embargo, ese corresponder, que debería ser la normalidad suprema, nos resulta supremamente excepcional. Toparse con algo absoluta y profundamente natural -es decir, correspondiente a las exigencias del corazón con que nos dota la naturaleza- es, pues, una cosa absolutamente excepcional. Hay en esto como una extraña contradicción; lo que ocurre habitualmente no es nunca verdaderamente excepcional, porque no logra responder adecuadamente a las exigencias del corazón.

Así, pues, lo que hace fácil reconocer a Cristo es el carácter excepcional del que aparece dotada su figura. Para Juan y Andrés aquel hombre correspondía de modo inimaginable a las exigencias irresistibles e innegables de su corazón. Nadie era como aquel hombre; en el encuentro con él se producía una correspondencia con el corazón impensable, nunca imaginada ni experimentada antes. ¡Qué asombro sin precedentes debió de suscitar en los dos primeros que le conocieron, y luego en Simón, Felipe y Natanael!

Y no solamente fue fácil reconocerle; era facilísimo vivir la relación con él. Bastaba secundar la simpatía que provocaba, una *simpatía profunda*, semejante a esa vertiginosa y carnal que tiene el niño con su madre, que es una simpatía en el sentido intenso del término. Un niño puede equivocarse mil veces al día con su madre, pero ¡ay si se le aleja de ella! Si pudiera comprender la pregunta «¿Amas a esta mujer?» y responder a ella, podemos

¹¹ Jn. 1,42

¹² Jn. 1, 43

imaginar el «sí» que gritaría. Y cuanto más se hubiera equivocado, más fuerte gritaría «Sí, yo la quiero», para reafirmarlo. Esta es la lógica del conocimiento y de la moralidad que la convivencia con aquel hombre volvía necesaria; una profunda simpatía. Aprender de su carácter excepcional era, por consiguiente, desarrollar esa simpatía última.

2. El método de Dios

Un acontecimiento, no pensamientos nuestros

El primer capítulo del evangelio de Juan documenta la forma sencillísima y profunda con la que brotó el cristianismo en la historia: un acontecimiento humano que sucede, el encuentro con el hecho de una presencia excepcional. Para Andrés y Juan el cristianismo, o mejor, el cumplimiento de la Ley, la realización de la antigua promesa, en cuya espera vivía el buen pueblo hebreo (como Ana la profetisa¹³, el viejo Simeón¹⁴ o los pastores¹⁵ que describen los primeros capítulos de San Lucas), el Mesías, Aquel que tenía que venir y a quien el pueblo esperaba, era ahora un hombre que estaba delante de sus Ojos; se lo encontraron delante de ellos, le siguieron, fueron a su casa y permanecieron toda aquella tarde con él, maravillados, con la boca abierta de par en par, mirándole hablar. Y cuando, al volver, dijeron «Hemos conocido al Mesías», repetían con certeza palabras que le habían oído decir a él. El cumplimiento de la gran promesa bíblica era un hombre que estaba allí, delante de sus ojos. No hay palabra alguna en el vocabulario que identifique mejor que la palabra «acontecimiento» la forma en que la “cuestión” se hizo realidad, se volvió carnal, temporal. El cristianismo es un «acontecimiento»: algo que antes no existía y que en un momento dado surgió. No es que Andrés y Juan dijeran: «Lo que nos ha sucedido es un acontecimiento». Evidentemente no era necesario que explicaran ya entonces con una definición lo que les estaba sucediendo: ¡simplemente les estaba sucediendo!

El cristianismo es un acontecimiento. No existe otra palabra para indicar su naturaleza: ni la palabra ley, ni las palabras ideología, concepción o proyecto. El cristianismo no es una doctrina religiosa, una lista de leyes morales, un conjunto de ritos. El cristianismo es un hecho, un acontecimiento; todo el resto es consecuencia.

La palabra «acontecimiento» es, pues, decisiva. Porque indica el método que Dios ha elegido y utilizado para salvar al hombre¹⁶: Dios se hizo hombre en el seno de una muchacha de quince a diecisiete años que se llamaba *María*, en el «vientre que fue albergue de nuestro deseo»¹⁷, como dice Dante. El *modo* con el que Dios ha entrado en relación con nosotros para salvarnos es *un acontecimiento*, no un pensamiento o un sentimiento religioso¹⁸. Es un hecho acontecido en la historia que revela quién es Dios e indica lo que Dios quiere del hombre, lo que el hombre debe hacer para su relación con Dios. Dios habría podido también elegir como medio de comunicarse a los hombres una inspiración directa, de tal modo que cada uno hubiera tenido que seguir lo que Dios le sugiriese en su pensamiento y en su corazón. Un método, este último, para nada en absoluto más fácil y seguro, al estar siempre expuesto a la fluctuación de nuestros sentimientos y pensamientos¹⁹.

Para la salvación del hombre

El cristianismo es un acontecimiento con el que se encuentra el yo y que a éste le resulta “consanguíneo”²⁰; es un hecho que revela el yo a él mismo. «Cuando he conocido a Cristo me he descubierto

¹³ Cf. Lc 2,36-38

¹⁴ Cf. Lc 2,25-35

¹⁵ Cf. Lc 2,8-20

¹⁶ Cf. L. Giussani, *Los orígenes...*, op. Cit. Pp. 128-134.

¹⁷ Dante Alighieri, *Paraiso*, canto XXIII, vv. 104-105.

¹⁸ Cf. L. Giussani, *Las orígenes...*, op. cit., pp. 39-47.

¹⁹ Cf. Is 48,6-7.

²⁰ Cf. 2 P 1,4.

como hombre»²¹ decía el pretor romano Mario Victorino. Que el hombre se vea «salvado» quiere decir que reconoce quién es, que reconoce su destino y sabe cómo dirigir sus pasos hacia él. Y, tal como escribe Albert Camus, “no es a fuerza de escrúpulos como el hombre se hace grande. La grandeza llega, si Dios quiere, como una bella jornada”²². Es un acontecimiento —la irrupción de una novedad— lo que da comienzo al proceso mediante el cual empieza el yo a tomar conciencia de sí, a tomar nota del destino hacia el que se encamina, del camino que está haciendo, de los derechos que tiene, de los deberes que tiene que respetar, de su entera fisonomía. La dinámica del acontecimiento, por otro lado, denota la forma del conocimiento en cada nuevo paso que da éste²³. Sin «acontecimiento» no se conoce nada nuevo es decir, no hay elemento nuevo alguno que entre en nuestra conciencia. El crítico francés Alain Finkielkraut afirma en una entrevista sobre la actualidad que tiene Péguy: «Un acontecimiento es algo que irrumpe desde fuera de nosotros. Algo imprevisto. Este es el *método supremo del conocimiento*. Necesitamos devolver al acontecimiento su dimensión ontológica de *nuevo comienzo*. Es una irrupción de lo nuevo lo que rompe los engranajes consabidos, lo que pone en marcha un proceso»²⁴

Conocer es encontrarse frente a algo nuevo, algo extraño a uno mismo, no construido por nosotros, algo que rompe los engranajes de las cosas ya establecidas, de las definiciones previamente sentadas. Es lo que nos hace observar Cesare Pavese: “Hace falta una intervención desde fuera para cambiar de dirección”²⁵.

El acontecimiento es, pues, capital para cualquier clase de «descubrimiento», para todo tipo de conocimiento.

Pues bien, aquel Hecho, el acontecimiento de aquella presencia humana excepcional, se presenta como el método elegido por Dios para revelar al hombre él mismo, para despertarle a una claridad definitiva respecto a los factores que le constituyen, para abrirle al reconocimiento de su destino y sostenerle en su camino hacia él, para convertirle dentro de la historia en sujeto adecuado de una acción que lleve consigo el significado del mundo. Dicho acontecimiento es, así, lo que pone en marcha el proceso mediante el cual toma el hombre conciencia acabada de sí mismo, de su entera fisonomía, y empieza a decir *yo* con dignidad.

Dios se ha convertido en un acontecimiento dentro de nuestra existencia cotidiana, a fin de que nuestro yo reconozca con claridad sus propios factores originales y alcance su destino, esto es, se salve. Así fue para María y José. Así fue para Juan y Andrés, que se fueron tras Jesús por la señal que hizo Juan Bautista. Dios entraba en su vida como un acontecimiento. Tanto si lo mantuvieron siempre presente como si lo olvidaron a ratos, especialmente durante los primeros días o meses, toda su vida dependió a partir de entonces de aquel acontecimiento; porque de un acontecimiento en la medida en que sea importante, no se puede volver atrás. Esto es lo que les ocurrió a ellos. Y así nos ocurre hoy también a nosotros: sólo un acontecimiento puede marcar un comienzo y un camino. En efecto, el acontecimiento puede indicar un *método* de vida. En todo caso, se trata de una experiencia que hay que hacer. Porque el camino requiere el compromiso del hombre tocado por el acontecimiento, hasta llegar a captar el verdadero significado de lo que ha comenzado a entrever; es un camino de la mirada²⁶.

3. Qué es un acontecimiento

Si la salvación del hombre tiene lugar conforme al método que Dios ha elegido, como hemos visto en el caso de Juan y Andrés, y ya que este método consiste en un acontecimiento, es necesario entonces que aclaremos más

²¹ Cf. Mario Victorino, “In epistola ad ephesios”, Liber secundus, en *Marti Victorini Opera exegética*, cap. 4, v. 14.

²² A. Camus, *Taccuin III (1951-1959)*, Bompiani, Milán 1992, p. 34 (trad. cast.: *Carnets 3*, en *Obras*, Alianza, Madrid 1996).

²³ Cf. las tres premisas metodológicas (realismo, razonabilidad e influencia de la moralidad en la dinámica del conocimiento) en L. Giussani, *Il senso religioso*, Rizzoli, Milán 1997, pp. 3-44 Trad. cast.: *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1998, pp. 17-55); y *Sipuo (veramente?!) vivere così*, BUR, Milán 1996, pp. 58ss.

²⁴ A. Finkielkraut, *Sacaré a Péguy del gbetto*, entrevista realizada por S. M. Paci, en “30 Giorni” n. 6, junio 1992, pp. 58-61.

²⁵ C. Pavese, *Il mestiere di vivere*, Einaudi, Turin 1952, p. 14 Trad. cast.: *El oficio de vivir*, Planeta, Barcelona 1977).

²⁶ Cf. I. De la Potterie, *Guardare per credere*, entrevista realizada por A. Soggi, en “Il Sabato”, n. 46, 14 de noviembre de 1992, pp. 60-65.

²⁷ Cf. A. M. Severino Boecio, *De consolazione philosophiae*, V, prosa 1,12-19. Cf. Aristóteles, *Pbysica II*, 4-5, y *Ethica Nic.* III, 5.

todavía esta palabra. ¿Cuál es la ontología de un “acontecimiento”? ¿Qué consistencia y qué significado tiene? Imaginemos una situación corriente: dos jóvenes se casan y nueve meses después tienen un niño. ¿Se puede decir que ha ocurrido un acontecimiento? Sí. Por mucho que lo hayan concebido y esperado, es evidente que ese hijo no lo han “fabricado” ellos: empezando por el hecho de que los dos se conocieron casualmente y luego decidieron unir sus vidas y casarse. Podríamos, por tanto, decir que, en ese sentido, el niño es como una «casualidad».

Boecio, recordando a Aristóteles, define la casualidad como un efecto superior a la suma de las causas conocidas. Pone a propósito de ello el ejemplo de un campesino que está labrando el campo y encuentra un tesoro enterrado²⁷. El campesino quería labrar la tierra, encontrar un tesoro era el último de sus pensamientos; haberlo encontrado es una casualidad, esto es, un efecto superior a la suma de las causas conocidas. Efectivamente, las causas antecedentes que conocía el campesino no llevan “necesariamente” al descubrimiento; la frase “excavando el campo encontraré un tesoro” no tiene, por consiguiente, sentido, carece de razón de ser. Y, sin embargo, una vez descubierto el tesoro aparece otro orden de causas; no ya sólo una tierra que labrar, sino, además, un hombre rico que, al tener que huir, había enterrado allí un tesoro. Se trata de otro orden de causas que antes era desconocido, del que el campesino no sabía nada. Entonces se puede decir que la frase “excavando el campo encontraré un tesoro” no es racional según el orden de causas conocidas, pero es perfectamente racional conforme al orden de causas que luego se viene a descubrir. Por ello, concluye Boecio, la casualidad puede definirse como un “evento imprevisible” (*inopinatum eventum*)²⁸.

“Casualidad” remite a acontecer; la palabra “casualidad” designa el acontecimiento expresado de la manera más cercana al lenguaje normal, en el modo más corriente. Casualidad indica, pues, algo no previsto, no previsible, no deducible del análisis de los antecedentes. La palabra más cercana a “acontecimiento”, cuyo sinónimo perfecto es la palabra “evento”, es, por lo tanto, la palabra “casualidad”. Evento significa “venir de” (*e-venio*), acontecimiento o advenimiento significa “venir a” (*ad-venio*); evento y advenimiento (acontecimiento) remiten más a la casualidad que a la necesidad, son palabras que rozan el Misterio.

También la creación es un acontecimiento; más aún, es el acontecimiento primero y fundamental²⁹. La dinámica del acontecimiento describe cada instante de la vida. La flor del campo que “el Padre viste mejor que Salomón” es un acontecimiento; el pajarillo que cae –“y el Padre celestial lo sabe”- es un acontecimiento; “los cabellos contados de la cabeza” son un acontecimiento³⁰. También los cielos y la tierra que están ahí desde hace millones de siglos son un acontecimiento, un acontecimiento que está sucediendo de nuevo hoy todavía, en cuanto que su explicación no puede alcanzarse hasta el fondo.

Entrever en la relación con cada cosa algo diferente significa que la misma relación es un acontecimiento³¹ y si el hombre no mira el mundo como “dato”, como acontecimiento, es decir, a partir del gesto contemporáneo de Dios que se lo da, el mundo pierde toda su fuerza de atracción, de sorpresa y de sugerencia moral, esto es, su capacidad de sugerir la adhesión al orden y al destino que tienen las cosas.

Así, pues, un niño que nace es un acontecimiento, la creación del mundo es un acontecimiento: todas las “realidades” tienen como denominador común el hecho de que el hombre no puede explicárselas en última instancia, no puede definir las hasta el fondo. Por eso, se puede caracterizar el acontecimiento como el brotar en la experiencia de algo cuyos factores no pueden analizarse en su totalidad, algo que lleva en sí mismo un punto de fuga hacia el Misterio y que mantiene la referencia a una incógnita, de modo que, como acabamos de decir, podríamos llamarlo también “casualidad”.

Llegados a este punto podemos definir la ontología del acontecimiento como la transparencia de lo real que emerge en la experiencia en cuanto proveniente del Misterio -esto es, de algo que nosotros no podemos poseer ni dominar-. En este sentido, podemos añadir que un acontecimiento es por naturaleza propia una novedad. Con un acontecimiento algo nuevo entra en nuestra vida: algo no previsto, no definido de

²⁸ A. M. Severino Boecio, *ib.*

²⁹ Cf. L. Giussani, *El Sentido religioso*, op. cit. pp.145-157

³⁰ Cf. Mt 6,25-34

³¹ Cf. L. Giussani, *Perché la Chiesa?*, tomo 2, *Il segno efficace del divino nella storia*, Jaca Book, Milán 1993, pp. 128-129 (trad. cast.: *¿Por qué la Iglesia?*, tomo 2, *El signo eficaz de lo divino en la historia*, Encuentro, Madrid 1998, pp. 137 s.)

antemano, no buscado por nosotros como resultado de un designio que queramos realizar, algo siempre “recortado” en lo imprevisible; o mejor, tan “recortado” en lo imprevisible antes de suceder, cuanto preciso, visible, concreto, tangible y abrazable de hecho, cuando acontece. Cuando ocurre, un acontecimiento es lo que es, está ahí, puede experimentarse, verse, tocarse.

De acuerdo con todo lo anterior, el misterio de la Encarnación es un Acontecimiento que, si bien no estaba previsto, pues era imprevisible, inimaginable para el hombre, se revela como algo supremamente “conveniente” para él, algo que corresponde a las exigencias más características de su naturaleza.

Si no comprendemos y no usamos el término “acontecimiento” tampoco comprenderemos el cristianismo, porque entonces se ve reducido a palabra, a obra del hombre, a resultado de una actividad humana.

“Acontecimiento” indica, pues, lo contingente, lo aparente, lo que puede experimentarse en tanto que aparente, lo que ha nacido del Misterio como un dato, no en el sentido científico, sino en el sentido profundo y original de esta palabra: “dato”, lo que es dado. Acontecimiento es, por consiguiente, un hecho que surge en la experiencia revelando el Misterio que lo constituye.

4. Una dificultad para comprender. La postura original no se mantiene

“Acontecimiento” es, sin embargo, la palabra más difícilmente comprendida y aceptada por la mentalidad moderna y, en consecuencia, también por todos y cada uno de nosotros. De todo el lenguaje cristiano nada se percibe con mayor resistencia que la palabra “acontecimiento”; sólo la aceptan con facilidad los puros de corazón y que mantienen el alma de niño. Con esa palabra queremos identificar tanto una postura ideal (Cristo es el ideal de la vida) como una postura doctrinal (Cristo es la consistencia de todo)³². Lo más difícil de aceptar es que sea un acontecimiento lo que nos desvela a nosotros mismos, la verdad de nuestra vida, nuestro destino, lo que despierta en nosotros la esperanza y la moralidad.

La palabra “acontecimiento” muestra además la “coincidencia” entre la realidad que podemos experimentar y el Misterio. Un acontecimiento es algo nuevo que entra en la experiencia que la persona está teniendo. En cuanto que “entra” en la experiencia es objeto de razón, y por eso es racional su afirmación; en cuanto que es “nuevo” implica que la razón se abra al más allá: es la aparición del Misterio. -Acontecimiento- indica, pues, la “coincidencia” entre realidad y Misterio, entre experiencia normal y Misterio.

Reconocer lo real como procedente del Misterio es algo que debería ser familiar para la razón, ya que precisamente en el reconocimiento de lo real, tal cual es -es decir, tal como Dios lo ha querido y no reducido, aplanado, sin profundidad-, encuentran correspondencia las exigencias del “corazón” y se realiza hasta el fondo la posibilidad de razón y de afecto que somos nosotros. En efecto, la razón, por su misma dinámica original, no puede satisfacerse más que reconociendo cómo la realidad hunde sus raíces en el Misterio. La razón humana toca su cima, y, por tanto, es verdaderamente razón, cuando reconoce las cosas tal cual son, y las cosas son porque proceden de Otro. ¡Qué intensidad le está prometida a la vida de quien capte, instante tras instante, la relación que tiene todo con el origen! Cada instante tiene una relación definitiva con el Misterio, y por eso nada se pierde: por esto existimos, y en esto reside nuestra felicidad.

Hay, sin embargo, una herida en el corazón que hace que algo se tuerza en el hombre y éste no logre con sus solas fuerzas permanecer en la verdad, sino que ponga su atención y su deseo en aspectos particulares y limitados. El plan original, aquello para lo que ha sido creado el hombre, se ha visto alterado por el uso arbitrario de la libertad: los hombres tienden así a cosas parciales que, desconectadas de la totalidad, se

³² Cf. Col 1,17

³² Acerca de las reducciones que ha producido la modernidad cf. *Tu o dell' amicizia. Appunti dalle meditazioni di Luigi Giussani e Stefano Alberto*, supl. de “Litterae Communjonis – Tracce” n. 6, Milán 1997, pp. 5ss. y 14ss. (trad. cast. *Tú o de la amistad. Apuntes tomados de las meditaciones de Luigi Giussani y Stefano Alberto*, supl. de “Huellas”, Madrid 1997, pp. 5ss. y 14ss.); *Il miracolo del cambiamento Appunti dalle meditazioni di Luigi Giussani*, supl. de “Litterae Communjonis – Tracce”, n. 7, Milán 1998, pp. 14ss. y 31ss. (trad. cast.: *El milagro del cambio. Apuntes tomados de las meditaciones de Luigi Giussani y Stefano Alberto* supl. de “Huellas”, Madrid 1998, pp. 16ss. y 35ss.).

identifican con la finalidad de la vida. La experiencia que tenemos diariamente es que los hombres tienden a identificar la totalidad de la vida con cosas parciales y limitadas. Y salir de esta parcialidad no está en nuestras manos: ninguno de nosotros logra por sí solo recuperar una mirada verdadera a lo real³³.

5. El sentido religioso y la fe

La incompreensión y la hostilidad de la mentalidad moderna hacia la palabra "acontecimiento" se reflejan en la reducción que se ha producido en la concepción de la "fe". Al rechazar por prejuicio tomar en consideración el método que Dios ha elegido -un Hecho dentro del tiempo y del espacio- para responder a la exigencia de significado total que tiene el hombre, la mentalidad moderna confunde "sentido religioso" y "fe". Vamos a distinguir, entonces, sus dinámicas respectivas.

El *sentido religioso* se identifica con el carácter último que tiene la experiencia existencial de todo "yo" humano -es decir el nivel de los deseos inextirpables, de las exigencias irreductibles que todo hombre descubre que constituyen su propio ser- que se observe en acción a sí mismo en su presente vivo y activo³⁴. Esos factores últimos, que estructuran la vida del hombre, tienen la amplitud de la relación con el infinito: se pueden imaginar de manera indefinida porque su capacidad de relación es infinita. Nacen del pozo profundo en el que tiene su origen nuestro yo, y en su actividad tienden de nuevo desde la superficie de lo aparente hacia el pozo profundo del origen, del Ser.

El sentido religioso no es otra cosa que la exigencia de totalidad constitutiva de nuestra razón que está presente en cada acto, puesto que al hombre le provoca siempre a actuar una necesidad. Y al estar ésta dictada por un aspecto de las exigencias del corazón, su respuesta verdadera y plena es inconmensurable. El sentido religioso es, por tanto, la razón en cuanto conciencia de la realidad total³⁵. Sentido religioso y razón son, pues, la misma cosa. El sentido religioso coincide con la razón en la dimensión profunda que tiene ésta de tensión inagotable hacia el significado último de la realidad³⁶.

Aparece así como la más auténtica aplicación del término "razón", pues indica su impulso ilimitado, su sed de totalidad. Y es ese impulso ilimitado hacia el infinito lo que empuja a la razón a interesarse por todos los factores de la realidad. El objeto propio de ese impulso es el porqué último del presente, el origen último de cada aspecto particular y de uno mismo. Toda "religiosidad" nace, por consiguiente, de la exigencia de significado total, y se manifiesta como intuición vivida del Misterio en tanto que respuesta inconmensurable a dicha exigencia. Ante ese enigmático carácter inconmensurable, es como si el hombre buscara un terreno más a su medida sobre el que edificar el "lugar" de su relación con el Misterio³⁷. Aquí es donde se levantan las "religiones"; éstas representan el conjunto de expresiones del esfuerzo creativo que ha realizado el hombre desde siempre para imaginar su relación con el Misterio³⁸. Para el hombre moderno la "fe" no es generalmente más que un aspecto de la "religiosidad", un tipo de sentimiento con el que vivir la inquieta búsqueda de su origen y su destino, lo que es precisamente el elemento más sugerente de toda "religión". La entera conciencia moderna se agita para arrancar del hombre la hipótesis de la fe cristiana y para reducir ésta a la dinámica del sentido religioso y al concepto de religiosidad y esta confusión penetra también por desgracia en la mentalidad del pueblo cristiano.

Por el contrario, la dinámica de la fe, tal como brota en la revelación cristiana, es muy diferente. Aquí ya no se trata de nuestra razón que expresa sus preguntas; es la razón abriéndose a Dios que se desvela a sí mismo, y percibiendo de este modo satisfecha su dinámica. El misterio divino comunica así su naturaleza, "sus pensamientos" y "sus caminos" manifestándose en el tiempo y en el espacio. Mientras que la religiosidad nace de la exigencia de significado que suscita el impacto con lo real, la fe es reconocer una presencia excepcional,

³⁴ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 57-70.

³⁵ *Ib.*, pp. 191s.

³⁶ *Ib.*, pp. 143 s.

³⁷ Cf. L. Giussani, *Los orígenes...*, op. cit. p. 19.

³⁸ *Ib.*, pp. 29-38.

que corresponde totalmente a nuestro destino, y adherirse a esa Presencia. La fe es reconocer como verdadero lo que una Presencia histórica dice de sí misma.

La fe cristiana es la memoria de un hecho histórico que consiste en que un Hombre dijo de sí una cosa que otros aceptaron como verdadera y que ahora, por el modo excepcional en que me alcanza todavía a mí aquel Hecho, acepto yo también.

Jesús es un hombre que dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”³⁹. Es un Hecho que ha acontecido en la historia: un niño, nacido de mujer inscrito en el registro de Belén⁴⁰, que, cuando se hizo mayor, anunciaba que era Dios: “Yo y el Padre somos una sola cosa”⁴¹. Estar atentos a lo que hacía y decía aquel hombre, tanto como para llegar a decir “Yo creo a Este”, unirse a Su presencia afirmando que es verdad lo que decía: esto es la fe. La fe es un acto de la razón movida por el carácter excepcional de una Presencia que leva al hombre a decir: “Este que habla es veraz, no dice mentiras, acepto lo que dice”.

Imaginemos el desafío que representa para la mentalidad moderna la pretensión de la fe: que exista un hombre -al que puedo llamar de “tú”- el cual dice «Sin Mí no podéis hacer nada»⁴² es decir, que exista un Hombre-Dios. Nunca hacemos cuentas hasta el fondo con esta pretensión; actualmente ni el pueblo ni los filósofos más importantes afrontan ya el problema, y si lo afrontan es para consolidar la concepción negativa previa que deriva de la mentalidad dominante.

Esto es: se deduce la respuesta al problema cristiano -¿Quién es Jesús?- de concepciones constituidas previamente sobre el hombre y el mundo. Y, sin embargo, Jesús dice la siguiente respuesta: “Mirad mis obras”, es decir, “Miradme”, que es lo mismo⁴³. Pero no se le mira a la cara, se le elimina antes de tomarle en consideración⁴⁴. La no-creencia es, por ello, un corolario que deriva de un prejuicio; es la aplicación de un prejuicio, no la conclusión de una indagación racional.

6. El acontecimiento cristiano tiene la forma de un «encuentro»

Para hacerse reconocer Dios entró en la vida del hombre como un hombre, en forma humana, de modo tal que el pensamiento y la capacidad imaginativa y afectiva del hombre se vieron como “bloqueados”, imantados por Él. El acontecimiento cristiano tiene la forma de un “encuentro”: un encuentro humano que tiene lugar dentro de la banal realidad cotidiana⁴⁵. Un encuentro humano mediante el cual aquel hombre llamado Jesús, nacido en Belén en un momento preciso del tiempo, se revela como alguien significativo para la vida. En el acontecimiento cristiano el rostro de Jesús toma la forma de otros rostros humanos, de compañeros, de los hombres que Él ha elegido, exactamente igual que en los pueblos de Palestina adonde no podía llegar, Jesús adquiría el rostro de los dos discípulos a quienes enviaba⁴⁶ llegaba “bajo” el rostro de los dos que había elegido. Y era tal cual: “Maestro, lo que Tú haces que suceda también nosotros lo hemos hecho suceder”⁴⁷ Idéntico: “Se ha cumplido el plazo; está cerca el Reino de Dios”⁴⁸.

El acontecimiento cristiano tiene la forma de un encuentro: es algo que penetra en nuestros ojos, que toca nuestro corazón, que se puede aferrar con nuestros brazos. Para Juan y Andrés, como para cada uno de nosotros y para cualquier hombre que oye hablar de Él, se trató de un encuentro. Un encuentro semejante al de uno que, yendo por la calle con su hijo agarrado de la mano, se topa con un amigo que camina por la acera de

³⁹ Jn 14,6

⁴⁰ Cf. Lc 2,1-7

⁴¹ Jn 10,30

⁴² Jn 15,5

⁴³ Cf. Jn 10,15-16.31-38

⁴⁴ Cf. L. Giussani, *Perché la Chiesa?*, tomo 1, *La pretesa permane*, Jaca Book, Milán 1991, pp. 21-25 (trad. cast.: *¿Por qué la iglesia?*, tomo 1, *La pretensión permanece*, Encuentro, Madrid, 1991, pp. 19-23).

⁴⁵ Cf. L. Giussani, *Tracce di esperienza cristiana*, Jaca Book, Milán 1991 pp. 29-39 y pp. 67-85 (trad. cast.: *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 1978, pp. 29-40 y pp. 69-87).

⁴⁶ Cf. Lc 10,1-6; cf. También L. Giussani, *¿Por qué la Iglesia?*, tomo 1, op. cit., pp. 28-30.

⁴⁷ Cf. Lc. 10,17.

⁴⁸ Mc 1,15

la otra parte y le grita: “¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu mujer?”. Y luego le dice al niño: “Di buenas tardes”; y el niño dice: “¡Buenas tardes!”. Se trata de un encuentro ni siquiera un milímetro menos concreto que éste.

El acontecimiento cristiano tiene la forma del encuentro con una realidad física, corporal, hecha de espacio y tiempo, en la que está presente Dios hecho hombre y que es signo de Él. Es el encuentro con una realidad presente, viviente, integralmente humana, cuyo significado exhaustivo radica en que es signo visible de la presencia de Cristo, de Dios-hecho-hombre. De modo que el encuentro consiste en que nos topamos con una realidad sagrada, con la manifestación del acontecimiento del Misterio presente dentro de la precariedad de un rostro humano. Este encuentro es lo que continuamente polariza nuestra vida, es lo que da significado y síntesis a nuestra existencia. Fuera de él no hay ninguna otra fuente de novedad en la vida. Por medio de él toca nuestra vida el acontecimiento del Misterio presente y hace que participe de un flujo continuo de novedad.

El choque con algo irreductiblemente distinto

Lo que caracteriza al fenómeno del encuentro es una diferencia cualitativa, la percepción de una vida diferente. El encuentro consiste en toparse con algo distinto que atrae porque corresponde al corazón, pasa en consecuencia por la comparación y el juicio de la razón, y suscita el afecto de la libertad.

En el encuentro se produce un choque con algo distinto; coincide con la experiencia de una diferencia que choca. Pero diferencia ¿de qué? De la mentalidad común, de la manera corriente de concebir lo que se desea, del modo “normal” de entrar en relación con la realidad en todos sus detalles. Lo que choca y conmueve son personas, rostros, con una identidad que se muestra más verdadera, que corresponde mejor al corazón, que no está determinada por toda la trama de factores que componen el clima social favorecido por el poder y que todos soportan.

La persona con la que nos topamos supone un “encuentro” cuando descubrimos que está comprometida de una manera “diferente” -una diferencia que nos atrae- con las cosas de todos, es decir, si al hablar, al comer, al beber, hace que nos resulte perceptible y ofrece a nuestra existencia una diferencia cualitativa, de tal modo que, cuando la dejamos, nos marchamos sorprendidos por el hecho, nuevo para nosotros, de que el comer y el beber tengan un significado absoluto y que una palabra dicha en broma tenga un valor eterno⁴⁹. ¡Quién sabe hasta qué punto se quedaban sorprendidos los que veían y oían hablar a Cristo! Pensemos en Juan y Andrés delante de aquel hombre que les hablaba, mientras estaban allí simplemente mirándole hablar (porque no comprendían el fondo de sus pensamientos, no comprendían todas sus palabras): jamás habían tenido un encuentro de aquel género, nunca se hubieran imaginado una mirada, una atención y un abrazo tan humanos, tan completa e integralmente humanos, actitudes que conllevaban algo extraño, totalmente gratuito, excepcional, más allá de cualquier capacidad de previsión que pudieran tener ellos. Por esa característica excepcionalidad era fácil reconocer en Él una presencia divina: correspondía al corazón. Quien se topaba con Él no iba a alejarse nunca más: ésta es precisamente la señal inequívoca de la correspondencia que experimentaba. El encuentro consiste en toparse con una presencia así, excepcional.

El encuentro es un hecho histórico totalizador

La palabra “encuentro” lleva consigo la categoría de la historicidad; es precisamente esa categoría la que sostiene y da consistencia a la palabra “encuentro”. Es decir: el encuentro es un hecho histórico, ocurre en un preciso instante de la vida, se concentra siempre en un momento puntual de nuestra existencia. El encuentro, que marca el comienzo de un camino, es un momento de tiempo y de espacio, tiene lugar en una “hora” precisa, que se puede señalar en el reloj. Y la vida se nos da para profundizar en ese momento.

⁴⁹ Cf. L. Giussani *¿Por qué la Iglesia?*, tomo 2, op. cit. Pp. 117s.

Volvamos a Simón mientras se acercaba a Cristo, lleno de curiosidad por ver quién era. Cuando llega a su lado, Cristo le mira y le dice: "Tú eres Simón, hijo de Juan; te llamarás Piedra"⁵⁰. Cristo le mira penetrando en él hasta captar su carácter.

Imaginemos qué es lo que brotó dentro de aquel hombre rudo y cordial: la figura de Cristo, por cuya mirada se había sentido aferrar hasta lo más profundo de su ser, se estableció inmediatamente como el horizonte total de su vida. Imaginémosle cuando volviera a casa con su mujer y sus hijos: estaba como "distruido", concentrado por entero en el encuentro que acababa de tener, porque aquel encuentro lo definía todo, aunque él no tuviera todavía conciencia de ello. No es que por esto él "se escapara" de la relación con su mujer y sus hijos (cierto que en algunos momentos es posible que se distrajera precisamente por lo que le había sucedido); pero aquel encuentro era algo que le había vuelto distinto, más verdadero con su mujer y con sus hijos.

El encuentro con el que empezó nuestro camino tiene las mismas características: es definitivo y totalizador, de modo que todos los aspectos particulares de la historia que vivimos forman parte de él. El contenido de la fe -Dios hecho hombre, Jesucristo muerto y resucitado- que aparece en el encuentro, y, por tanto, en un punto de la historia que cada uno de nosotros vive, abarca y abraza todos sus momentos y aspectos, que se ven metidos como por un torbellino dentro de ese encuentro y afrontados necesariamente desde su punto de vista, conforme al amor que brota de él, de acuerdo con su posible utilidad para nuestro destino y para el destino del hombre que nos sugiere. El encuentro que tuvimos, por su propia naturaleza totalizador, se convierte con el tiempo en la forma que adquieren todas mis relaciones, la forma verdadera en que miro la naturaleza, en que me miro a mí mismo, a los demás, todas las cosas. Un encuentro, si es totalizador, se traduce en una forma y no solamente en un ámbito nuevo de relaciones: no provoca simplemente una compañía entendida como lugar de relaciones, sino que establece la forma en que estas se conciben y se viven.

7. La fe forma parte del acontecimiento cristiano

La actitud del que se ha visto alcanzado por el acontecimiento cristiano, lo reconoce y se adhiere a él, se llama fe⁵¹.

La posición en la que nos encontramos nosotros frente al acontecimiento de Cristo es idéntica a la que tenía Zaqueo ante aquel hombre que se paró debajo del árbol al que se había subido y le dijo: "Baja enseguida, porque vengo a tu casa"⁵². Es la misma posición previa que tenía la viuda cuyo único hijo había muerto, y que oyó que Jesús le decía, de una manera que nos parece a nosotros tan irracional: "Mujer, ¡no llores!"⁵³. Efectivamente, es absurdo decirle a una madre a quien se le ha muerto su único hijo: "Mujer, ¡no llores!" Aquello fue para ellos, como lo es para nosotros, la experiencia de la presencia de algo radicalmente distinto de lo que podemos imaginar, y, al mismo tiempo, total y originalmente correspondiente a las expectativas más profundas de nuestra persona. Experimentar una correspondencia real con nuestro corazón es una cosa absolutamente excepcional: más aún, lo "excepcional" connota precisamente siempre la experiencia de semejante correspondencia. Pues, ya que nuestro corazón está hecho para esa correspondencia, ésta debería ser algo normal en la vida; y, sin embargo no sucede nunca. Por eso, cuando sucede, constituye una experiencia excepcional. Tener la sinceridad de reconocer, la sencillez de aceptar y el afecto para apegarse a semejante Presencia: eso es la fe.

Sinceridad y sencillez son palabras análogas, Ser "sencillos" quiere decir mirar a las cosas de cara, sin introducir factores extraños tomados de fuera. Que el cristianismo sea un acontecimiento es cosa difícilmente

⁵⁰ Cf. Jn 1,42

⁵¹ Cf. L. Giussani, *Si può vivere così*, BUR, Milán 1994, pp. 33-49y pp. 62-64 (trad. cast.: *¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 38-44 y pp. 63-65).

⁵² Cf. Lc 19,1-10

⁵³ Cf. Lc 7,11-17

admitida por la mayoría de la gente, porque introducen algo que es extraño al anuncio que se les hace: la opinión de moda el prejuicio determinado por la mentalidad común, el nihilismo dominante, el escepticismo fácil. Es necesario, por el contrario, mirar al acontecimiento, a los hechos, con sencillez; es decir, hay que mirar un acontecimiento por lo que dice, por lo que comunica a la *razón*, al corazón, sin introducir para valorarlo factores extraños, que no tienen nada que ver con él.

De manera análoga, la mirada a su mensaje es "sincera" si lo ve tal y como llega, por lo que lleva consigo, sin introducir los "pero", "si", "quizás", "sin embargo", que son el fuego graneado con el que la impostura que hay en el hombre -la falta de deseo real de lo verdadero- nos distancia de la realidad, perturba nuestro contacto con ella, nos hace huir de ella, nos impide conocerla y juzgarla. Lo contrario de la sinceridad, esto es, la impostura, la mentira, indica, por tanto, que se ha introducido algo extraño en la relación con la realidad.

Ser sencillos o sinceros quiere decir excluir los "pero", "si", "quizás", "sin embargo", y llamar al pan, pan, y al vino, vino."Ha dado la vista a un ciego" narra el evangelio de san Juan: todo lo que dijeron y objetaron los fariseos no tenía nada que ver con lo sucedido, nacía de algo exterior a ello, de algo extraño, de un prejuicio que ya tenían de antemano. En cambio, el ciego de nacimiento dijo: "Yo no veía y ahora veo; por lo tanto, éste es un profeta, porque Dios no hace estas cosas sin que tengan significado"⁵⁴. Aquel ciego miraba el acontecimiento que le había sucedido con sencillez y sinceridad. El mal en la consideración de un objeto, mal que es más grave cuanto más tenga que ver ese objeto con la vida, consiste en dejar que se cuele cuestiones o factores extraños al objeto mismo, que alteran la relación con él y, sobre todo, nos impiden tomarle afecto.

Efectivamente, para poder conocer hace falta tener una postura abierta, es decir, de "amor"⁵⁵. Sin amor no se conoce. En el fondo este amor ya lo indica ese instinto original con el que la naturaleza -esto es, Dios al crearnos- nos lanza llenos de curiosidad a conocer y comparar todo el universo, todas las cosas. El hombre tiende naturalmente a acercarse a la realidad con curiosidad, y esto es lo que afirma su positividad inefable.

Sustituir la postura original, la curiosidad, por los "pero", "si", "sin embargo", es decir, salir al encuentro de la realidad protegiéndose la cara con el brazo, es carecer de sencillez y sinceridad. En última instancia, solamente una apertura viva hacia el objeto que se convierta en afecto permite que éste nos toque tal cual es, que nos afecte tal como es (*affici*, ser-tocado-por). Así como el hombre camina con todo su ser, con todo él mismo, también ve con él mismo por entero: ve con los ojos de la razón en la medida en que su corazón está abierto-a, es decir, cuando su afecto sostiene la apertura de sus ojos; en caso contrario el ojo se cierra ante el objeto, se "adormece", huye de él. Los ojos de la razón ven, por consiguiente, en la medida en que los sostiene el afecto, lo que pone de manifiesto ya el juego de la libertad.

El reconocimiento de la presencia de Cristo tiene lugar porque Cristo «vence» al individuo. Para que acontezca la fe en el hombre y en el mundo tiene, pues, que suceder antes algo que es gracia, pura gracia: el acontecimiento de Cristo, del encuentro con Cristo, en el que se tiene la experiencia de una cosa excepcional que no puede ocurrir por sí sola⁵⁶.

La fe es esencialmente reconocer lo que diferencia a una cierta Presencia, reconocer una Presencia excepcional, divina. Insistamos en que lo excepcional no sucede normalmente, de tal modo que, cuando ocurre, uno dice: "¡Es otra cosa! ¡Estoy ante un poder sobrehumano!". ¡Quién sabe cuantas veces habría tenido sed la Samaritana de la actitud con la que Cristo la trató en aquel instante, sin jamás caer en la cuenta de ello antes! Pero cuando sucedió lo reconoció enseguida⁵⁷

La fe forma parte del acontecimiento cristiano porque es parte de la gracia que representa el acontecimiento mismo, parte de lo que es éste mismo. La fe pertenece al acontecimiento porque, en cuanto

⁵⁴ Cf. Jn 9,13-34

⁵⁵ Cf. L. Giussani, *El Sentido religioso*, op. cit. Pp. 48-55 y pp. 191-197.

⁵⁶ Cf. L. Giussani, *Huellas...*, op. cit. Pp 82-86

⁵⁷ Cf. Jn 4,5-30

reconocimiento amoroso de la presencia de algo que es excepcional, es un don, una gracia⁵⁸. De igual modo que Cristo se me ofrece por medio de un acontecimiento presente, también vivifica en mí la capacidad de captar y reconocer su carácter excepcional. Y así mi libertad acepta ese acontecimiento, acepta reconocerlo. De manera que la fe, en nosotros, consiste tanto en el reconocimiento de lo excepcional que se nos hace presente, como en la adhesión sencilla y sincera que dice “sí” y no pone objeciones: reconocimiento y adhesión forman parte del momento en que el Señor, mediante la fuerza de Su Espíritu, se revela a nosotros; son parte del momento en que el acontecimiento de Cristo entra en nuestra vida. Por eso, el reconocimiento de Él que tiene lugar en nuestra vida es un don del Espíritu que siempre implica una sencillez de corazón: que se afirme la ingenuidad original, característica de nuestro origen. Pues, en efecto, Dios nos crea con los ojos y el corazón abiertos de par en par a la realidad, tendiendo positivamente hacia ella, de tal modo que al conocer cualquier cosa podamos decir: «Es esto». Dios crea al hombre con esta mirada positiva y este afecto a la realidad⁵⁹.

Reconocer a Cristo es gracia y es también donarse a Él con esa sencillez original. El acontecimiento consiste en el amor de Dios al hombre que es reconocido por el amor del hombre a Dios. Solamente el odio al Ser puede a la postre negar la posibilidad de reconocerle, Y el odio al Ser es contrario a lo que somos originalmente, es contrario al modo en que el hombre es concebido en el seno materno. Por eso dice Jesús en el evangelio de san Mateo: “Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los que se creen sabios y se las has revelado a los humildes⁶⁰”.

Reconocimiento amoroso de una presencia excepcional

La fe es el “reconocimiento” de que Dios se ha convertido en un factor de la experiencia actual.

En cuanto reconocimiento, es un acto de la razón, un juicio, no un sentimiento o un estado de ánimo. La fe representa el pleno cumplimiento de la razón humana. Es la comprensión inteligente del horizonte último que tiene la realidad, el reconocimiento de aquello en lo que consiste todo⁶¹. La inteligencia natural *no* logra alcanzar ese horizonte último. Únicamente por algo que ha acontecido, por el advenimiento de Dios hecho hombre, por su don, puede nuestra inteligencia renovada reconocerlo y tocarlo. La fe alcanza así una cumbre a la que no llega la razón; sin ella esta última no se ve completa, mientras que en ella la razón se convierte en escalera de la esperanza. La fe es racional, pues florece sobre el límite extremo de la dinámica racional como una flor de gracia a la que el hombre se adhiere con su libertad. Y ¿cómo puede el hombre adherirse con su libertad a esta flor cuyo origen y cuya factura son incomprensibles para él? Adherirse a ella con su libertad significa, para el hombre, reconocer con sencillez lo que su razón percibe que es excepcional, con esa certeza inmediata que produce la evidencia indiscutible e indestructible que tienen ciertos factores y momentos de la realidad, tal como entran en el horizonte de nuestra persona⁶².

Puesto que es un conocimiento que se deja determinar totalmente por su objeto, la fe es un reconocimiento “amoroso”. Es un conocimiento amoroso, sencillo y sin equívocos, que implica un apego. Ese conocimiento amoroso nos obliga a decir, como le hizo decir a san Pedro: “Si no creyera a este hombre, tampoco podría creer a mis ojos⁶³”.

Y puesto que el objeto de la fe está más allá del objeto normal y propio de la razón -su objeto es la presencia de lo divino (no lo divino, sino lo “divino-presente” en lo humano)-, para poderlo reconocer hace falta ante todo que ese objeto se manifieste por medio de una presencia excepcional: ese carácter excepcional “aferra” el corazón del hombre (recordemos a la Samaritana)⁶⁴, de tal modo que el hombre puede reconocerlo y adherirse a esa presencia en razón de la correspondencia que ha constatado tener con ella. Es esta constatación lo que lleva a acoger Su presencia sin ambages y a adherirse a Él de corazón: es el yo entero, con

⁵⁸ Cf. Mt 16,7

⁵⁹ Cf. Gn 2,19-20

⁶⁰ Cf. Mt 11,25

⁶¹ Cf. Col 1,17

⁶² Cf. *El milagro del cambio...*, op.cit. p. 33

⁶³ Cf. Jn 6,60 ss.

⁶⁴ Cf. Jn 4,1-42

su inteligencia y afecto, lo que se mueve en este reconocimiento lleno de amor. El hombre puede decirle “Todo lo que Tú has hecho y todo lo que has dicho me corresponde hasta tal punto que no puedo dejar de reconocer que está presente en Ti lo que Tú eres”.

La aportación del hombre se reduce entonces a que es capaz de gritar: “¡Cristo, sálvame!”. La libertad del hombre se resume en esta petición: “puesto que acepto que todo es gracia, Te pido la gracia”: así se salva totalmente tanto el hecho de que todo es gracia, como el que la gracia de Cristo dependa para su eficacia también de mi libertad. Todo parte del reconocimiento de un don que ya nos ha sido dado anteriormente⁶⁵. La petición es el punto de connubio, de unidad esponsal entre la libertad del hombre y Cristo: “El Espíritu y la novia dicen: ¡Ven!”⁶⁶. La obra del hombre es la petición: el llanto de la mendicidad, es decir, de la espera, o el gusto por el deseo.

Petición y ofrecimiento

Así, pues, la petición brota delante de una Presencia; de otro modo la petición no es razonable. Ahora bien, el reconocimiento de semejante Presencia no supone que se haya terminado un camino; la petición da comienzo a un camino, a un itinerario de preguntas dirigidas a un Tú presente. “¿Quién eres Tú?”, como le preguntaron estupefactos los doce⁶⁷, y como pregunta, extraviado el ciego de Pascoli⁶⁸. Si falta este itinerario de preguntas es que no ha habido verdadera petición al principio.

La correspondencia inicial entre la presencia de lo divino y las expectativas del corazón pone la premisa de un camino en el que el Otro, Cristo, al final responde: “Yo soy Dios”⁶⁹.

Y quien ha experimentado el asombro por esa correspondencia consigo mismo cae de rodillas y Le adora, Le dice que sí. Este es el itinerario que siguió Zaqueo⁷⁰, la figura más significativa después de Pedro en este sentido. No hay nada más humano que lo que experimentó Zaqueo cuando sintió que le miraba aquel hombre y le dijo: “Baja, que vengo a tu casa”. Seguramente ni siquiera en Dios en aquel momento. Pero luego recordó muy bien aquello y volvió a pensar en lo que le había dicho Jesús. Superando toda su imaginación, le había desconcertado de tal manera que en adelante vivió totalmente determinado por aquel encuentro. Lo mismo le ocurrió a Pedro, cuando ante la pregunta de Jesús (“¿Vosotros quién decís que soy yo?”) respondió impetuosamente: “Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo”⁷¹.

La respuesta adecuada del hombre al requerimiento de Cristo una petición de poder responder a Su pregunta, porque nada puede suceder si no es por gracia. Si no se aclara este principio, permanece con la pretensión de ser capaces de responder nosotros solos. Y de ser capaces de adherirnos a Él. La respuesta de Pedro no significa que él quiera inmediatamente a Cristo, esto es, que sea automáticamente coherente: Pedro “quiere querer” a Cristo. En él se produce el reconocimiento de Cristo y, por ello, consecuentemente, debería adherirse a Él y hacer lo que le dice. Pero es pecador (“Lejos de mí”)⁷². Y así, ante la pregunta “¿Me amas?” ¡quién sabe la vergüenza que sintió! No obstante, respondió: “Señor, Tú lo sabes, yo te amo”⁷³. Esta afirmación significa reconocer que el horizonte último de uno mismo y de todas las cosas es Su Presencia y pedir nuestra adhesión a ella.

⁶⁵ La fe es el reconocimiento de que Dios se ha convertido en un factor de la experiencia presente, el reconocimiento de un Dios presente en el tiempo, capaz de cambiar el tiempo, de salvar el presente del tiempo. Al acontecer en el presente, Dios cambia las circunstancias de tiempo y espacio. *Capaz de cambiar el tiempo* ésta es la suprema afirmación cristiana que, en el catolicismo, a diferencia de la concepción de Lutero, se manifiesta en su integralidad. La cosa más desgarradora de La historia de la Iglesia es que Lutero, para dar todo a Cristo, le negó la capacidad de cambiarnos realmente. Muy al contrario: Cristo nos cambia salvando precisamente la fragilidad y la apariencia de lo real, cuya consistencia es Él mismo muerto y resucitado. Para Lutero, sin embargo, la centralidad y totalidad de Cristo que él afirma, Su fuerza de Redentor, se quedan en algo externo a la realidad, al estar irremediabilmente marcada ésta por la contradicción y la negatividad.

⁶⁶ Ap. 22,17

⁶⁷ Cf. Mc 4,41; Mt 8,27

⁶⁸ “Pero quizás uno me escucha; alguien me ve, / invisible. (...) / Quién seas, al que yo no veo, que me ves / a mí, habla, pues: ¿Donde estoy?” (G. Pascoli, ‘El ciego’, en *Poesie*, Garzanti, Milán 1994, pp. 335-336).

⁶⁹ Cf. Jn 4,1-26;9,1-38

⁷⁰ Cf. Lc 19,1-10

⁷¹ Mt 16,16

⁷² Mt 16,23

⁷³ Jn 21,15-19

El ofrecimiento es, entonces, la consecuencia última de la fe⁷⁴. Consiste exactamente en decir: "Señor, Tú sabes que te amo". El ofrecimiento no exige un esfuerzo hercúleo, sino únicamente decir "Reconozco quién eres". Y uno no puede decir "Reconozco quién eres" sin sentir cómo se hunde en la humillación de su nada pecadora y, paradójicamente, sin sentir al mismo tiempo el comienzo de su libertad, lo que se traduce en petición a Él, que está presente y que ha provocado esa petición.

8. Un hecho del presente, un hecho del pasado

Juan y Andrés volvieron a casa aquella noche y dijeron:

"Hemos encontrado al Mesías"⁷⁵. Habían tenido un encuentro -un acontecimiento que estaba ocurriendo en el presente- que pretendía encerrar el significado de su vida de forma exhaustiva. Pero lo que significaba aquel encuentro, su contenido, ¿dónde hundía sus raíces? Aquel acontecimiento completaba de manera imprevista una historia pasada. En ella había comenzado la proclamación de esa pretensión y en su contexto se hacía posible explicar el contenido del encuentro que en ese momento estaba teniendo lugar. Era la gran historia del pueblo hebreo (la Ley, los profetas, los salmos) que había nacido de Abraham por promesa de Dios: el anciano patriarca iba a constituir el comienzo de un gran pueblo que llevaría consigo el significado del mundo entero (como dice Isaías, que no habla solamente del pueblo de Israel, sino de todos los pueblos)⁷⁶.

Juan y Andrés -aunque luego ocurriría lo mismo en el caso de los dos discípulos de Emaús⁷⁷- tenían delante de ellos a Jesús, pero la pretensión de significado total para su vida que encerraba aquel acontecimiento tenía su referencia en un pasado en el que ello había sido profetizado: en el presente surgía una memoria cuyo contenido empezaba en el pasado. No podían explicarse a Cristo más que empezando a tomar en consideración lo que nunca hasta entonces habían pensado tan conscientemente: que Dios había prometido Su venida al hombre expectante: *Rorate, coeli desuper, et nubes pluant Justum.*⁷⁸ Era un encuentro que daba plenitud a algo que había comenzado anteriormente.

La memoria

Lo mismo nos ocurre a nosotros ahora. El encuentro que tiene lugar ahora despierta nuestra memoria porque significa toparse con una presencia que empezó en el pasado. Cuando Policarpo, obispo de Esmirna, hablaba de su maestro Juan (que ya era anciano cuando él le había conocido) y de cómo narraba el viejo apóstol aquella tarde en la que, junto con Andrés, había visto a Jesús por primera vez, se conmovía profundamente (Policarpo daría después su vida por Cristo: le quemaron en la hoguera)⁷⁹. Él tuvo su encuentro con Cristo por medio de Juan; el encuentro con Cristo tenía para él las características, el rostro y los ademanes de Juan, de los cristianos de Esmirna y *de*/responsable de aquella comunidad, Pero todo el valor, el contenido y la consistencia del encuentro que dio origen a la fe de Policarpo procedían de Jesús de Nazaret, hijo de María el hombre que aquella tarde, tras haber recibido el bautismo de manos de Juan Bautista, volvió a su casa seguido por aquellos dos que no se atrevían a hablarle. Por eso el encuentro suscita la memoria. Era un hecho del presente lo que estaba sacudiendo a Policarpo en aquel momento: "¡Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre!"⁸⁰ pero era un hecho del presente que había empezado años atrás.

La palabra memoria indica la profundidad histórica que tiene el encuentro hasta alcanzar la raíz de la que nace en última instancia. El encuentro que tenemos hoy es verdadero porque Él, Jesucristo, nacido de

⁷⁴ Cf. L. Giussani, *Alla ricerca del volto umano*, Rizzoli, Milán 1995, pp. 87- 89 Trad, cast.: *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 103-105).

⁷⁵ Jn 1,41

⁷⁶ Cf. Is 49,6

⁷⁷ Cf. Lc 24,13-35

⁷⁸ Cielos destilad el rocío; nubes, derramad al Justo (Is 45,8).

⁷⁹ Cf. G. Caldairelli (ed.), *Acti dei martiri*, Paoline, Milán 1985, pp. 100ss. (ed. cast.: *Actas de los Mártires*, BAC, Madrid 1995).

⁸⁰ Hb 13,8

María la Virgen, murió y resucitó, ascendió al cielo y ahora abarca toda la realidad y penetra en toda ella con Su Espíritu. Este encuentro tiene valor por un Hecho que aconteció hace dos mil años. La fe es tener conciencia de una presencia que comenzó en el pasado: por eso el encuentro activa la memoria⁸¹.

Detengámonos todavía más en la palabra “encuentro”. Ésta no indica simplemente que nos topamos con algo que entra en el horizonte de nuestra existencia, sino que aparece en dicho horizonte una presencia capaz de cambiar la vida por entero: el encuentro adquiere así el derecho de llamarse “acontecimiento” en el pleno sentido del término. El encuentro se caracteriza por ser un impacto con algo excepcional, capaz de provocar una “metamorfosis” de la vida, cambiando su forma, su esquema, hasta el punto de crear un mundo nuevo⁸².

En el encuentro empieza la fe, porque lleva en sí, vehicula, hace presente algo excepcional, no previsto, imprevisible, que afecta radicalmente a la vida hasta el punto de cambiar su principio de conocimiento, su principio afectivo y su capacidad constructiva, llamándola a colaborar creativamente en el designio de Dios, cosa, en caso contrario, inalcanzable. La palabra “memoria” es resueltamente iluminadora precisamente porque indica que el encuentro que experimentamos hoy tiene su raíz en un determinado pasado. El encuentro que tenemos en la actualidad nos permite descubrir el acontecimiento original, el cual, a su vez, fundamenta y decide de la verdad que alberga el encuentro presente, lo explica. La palabra “memoria”, por tanto, describe la historia que discurre entre el acontecimiento en su origen y el encuentro que convierte ese acontecimiento original en una presencia inevitable, indestructible, innegable: toda la riqueza del comienzo está dentro del presente y es en éste donde el hombre descubre la divinidad del origen. La memoria coincide con la historia transcurrida entre el origen y ahora.

El contenido material (pensamiento, afectividad, obras) de la palabra “memoria” se llama también Tradición.

Desde el pasado y desde el presente

La dinámica del acontecimiento cristiano puede describirse, pues, tanto partiendo del pasado y viniendo hacia el presente, como partiendo del presente y yendo hacia el pasado. Puede sintetizarse mediante las siguientes formulaciones: a) *un acontecimiento del pasado*, que pretende tener significado para nuestra vida, puede hallarse en la experiencia de un acontecimiento presente, que es el principio de una memoria cuyo contenido explica completamente el acontecimiento pasado; b) *un acontecimiento presente*, que pretende tener un significado definitivo y totalizador para nuestra vida, *sólo puede explicarse basándose en un acontecimiento del pasado* con el que empezó dicha pretensión, a la que se llega por la memoria del contenido de entonces se verifica ahora.

Es en un acontecimiento del presente donde el hombre descubre hoy otro acontecimiento del pasado que pretende tener el mismo significado; de este modo el acontecimiento presente abre y activa una memoria que tiene su contenido último en aquel acontecimiento pasado.

Valor apologético y valor educativo

Estas formulaciones son preciosas desde el punto de vista apologético y pedagógico. El recorrido apologético, demostrativo, se desarrolla por el primer camino; el recorrido educativo por el segundo.

La primera formulación es importante para contestar a cualquier intento clerical de situarse en el mundo, de imponerse al mundo o de justificarse frente al mundo con una pretensión de hegemonía ideológica. En estos últimos decenios, por ejemplo, se ha intentado demasiado a menudo justificar la validez del cristianismo de acuerdo con los valores dominantes de la cultura del momento. Se ha censurado así el dato esencial de que el cristianismo, después de dos mil años, sigue siendo una presencia original hoy, que lleva

⁸¹ Cf. L. Giussani ¿Se puede vivir así?, op. cit. 224s

⁸² Cf. Rm 12,1-2

consigo la pretensión de tener un significado para la vida que ya comenzó a llevar entonces; y que la comprensión adecuada del hecho del pasado se ilumina en el encuentro con un acontecimiento presente cargado de fuerza prometedora para la vida.

El bienestar del mundo es una consecuencia de este acontecimiento presente, que sucede conforme a la voluntad de Dios, es decir, de acuerdo con la medida de sus dones.

La segunda formulación, en cambio, tiene un valor sobre todo educativo, clarificador: permite comprender que lo que experimentamos ahora dentro de la experiencia cristiana es lo que vivieron los monjes de la Edad Media, y antes todavía Juan y Andrés. Aquí se inserta todo el trabajo educativo que hay que desarrollar hoy, sobre todo con los jóvenes, para que a partir de la fascinación que provoca el encuentro nos demos cuenta de todo lo que éste implica.

Caemos en la cuenta de lo que ha sucedido desde hace dos mil años, porque nos ha sacudido y nos hemos adherido a una propuesta que nos ha salido al encuentro en el presente, frente a la cual podemos decir: "El significado de la vida está ahí dentro". Así se descubre todo lo que implica el Hecho con el que nos hemos encontrado y el contenido de la memoria empieza a desarrollarse. Dice Laurencio el eremita: "Se me dijo que todo debe acogerse sin palabras y mantenido en el silencio; entonces comprendí que quizá toda mi vida transcurriría en darme cuenta de lo que me había sucedido, Y tu recuerdo me llena de silencio".